

Nuestro sistema educativo no es un desastre



EVA VIRGILI

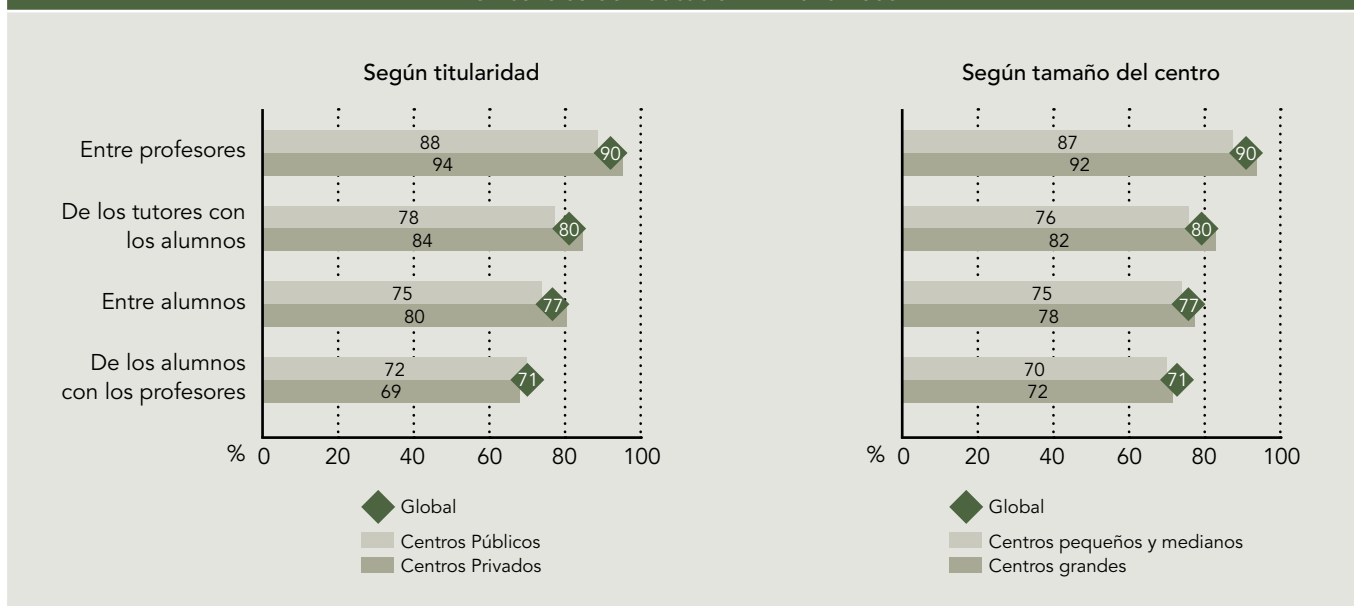
El artículo intenta desmontar la imagen catastrofista que políticos y medios de comunicación han construido sobre la educación con distintos argumentos: las estadísticas demuestran que la escuela es una de las instituciones mejor valoradas; es injusto comparar el sistema actual con aquel que escolarizaba sólo al 10% de la juventud; se está atendiendo de una forma integrada a la población extranjera y a la infancia con dificultades. Así pues, convendría dejar trabajar a los docentes en paz.

Según la imagen de la educación que destacan algunos medios de comunicación, nuestro sistema educativo puede parecer un completo desastre: aumento del fracaso escolar, violencia en los centros educativos, profesores desmoralizados, descenso de los niveles de enseñanza, etc. Peor aún, hace unos meses, el portavoz de un grupo parlamentario en el Senado declaró ante cámaras y taquígrafos, con el desparpajo, la superficialidad y la contundencia habitual de nuestros dirigentes políticos: "Nuestro sistema educativo es un desastre".

JOSÉ M. ESTEVE
Universidad de Málaga.

Cuadro 1

Relación entre los porcentajes de alumnos y profesores con altos niveles de satisfacción en centros de Educación Primaria 2003



Una afirmación de tan grueso calibre me pareció terriblemente injusta; primero, porque no es real, y segundo, porque una afirmación semejante, en boca de una persona que ostenta una alta representación, supone una falta de reconocimiento público al trabajo cotidiano de los más de 600.000 profesionales que hacen funcionar la Educación Primaria y Secundaria en nuestro país.

Resulta paradójico que casi ninguno de nuestros políticos consiga valoraciones superiores a cinco puntos sobre diez en las diversas encuestas realizadas por medios de comunicación e institutos de opinión; mientras que las valoraciones sobre nuestro sistema educativo reiteran siempre la idea de que se trata de una de las instituciones mejor valoradas por los ciudadanos y ciudadanas. Habría que preguntarse cómo es posible que, pese a esta reiterada valoración positiva, prevalezca una imagen negativa en las valoraciones públicas que expresan nuestros políticos y nuestros medios de comunicación.

En efecto, el año 2000, mi comunidad autónoma publicó un estudio que evaluaba *El sistema educativo en Andalucía. Curso 1988-99* (Consejería de Educación y Ciencia. Junta de Andalucía, 2000). En el análisis estadístico efectuado en aquel informe hay datos para afirmar que nuestro sistema educativo en general, y nuestros profesores en particular, obtienen una alta valoración social por el trabajo que llevan a cabo. En efecto, la satisfacción de la sociedad en su conjunto y de los padres en concreto respecto al sistema educativo es más alta que la que expresan los ciudadanos sobre el sistema judicial, la policía, el sistema sanitario y muchos otros servicios públicos. En la evaluación mencionada, elaborada con una metodología estadística correcta (selección aleatoria de las muestras, evaluadores independientes, número significativo y representativo de personas y centros encuestados, etc.), se ofrecen valoraciones superiores al 90% sobre la satisfacción respecto al funcionamiento de los centros educativos, en los apartados: "Valoración positiva de las familias, del profesorado y del alumnado sobre el funcionamiento del centro"; "Valoración positiva de las familias y del alumnado sobre el trabajo del profesorado"; "Satisfacción del profesorado con su propio trabajo";

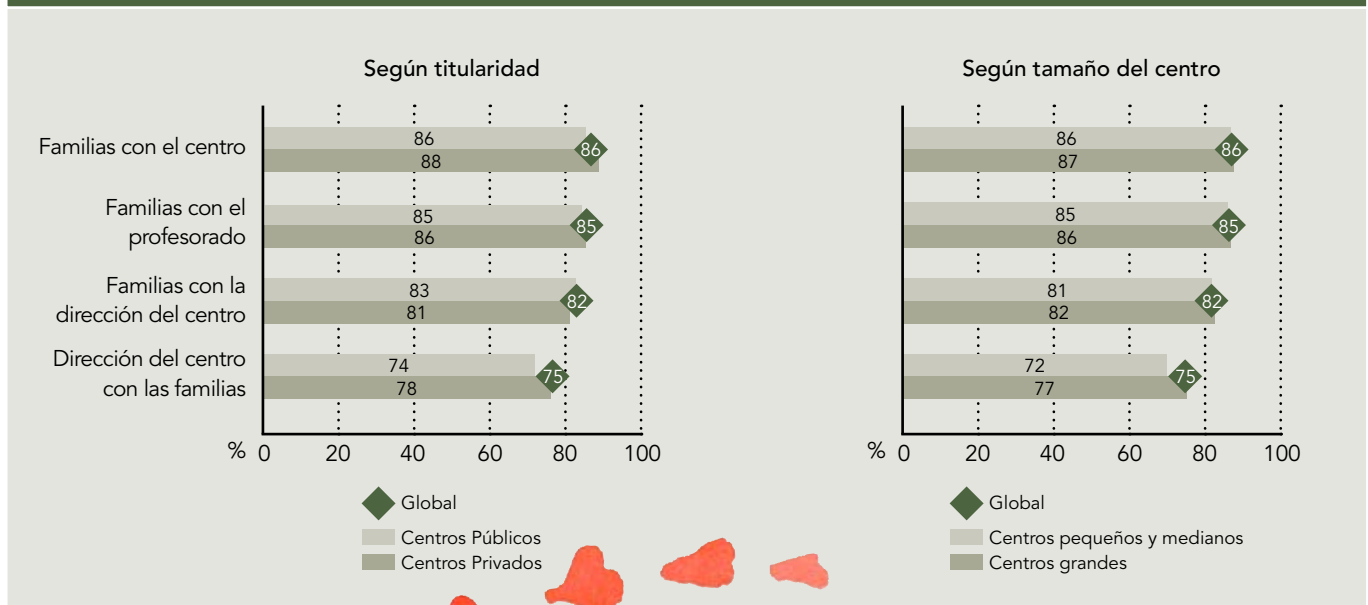
"Valoración positiva de las familias sobre el trabajo de sus hijos"; "Satisfacción del alumnado con su propio trabajo"; "Satisfacción del profesorado con el trabajo del alumnado". Sólo desciende muy significativamente hasta el 70% la "Satisfacción del profesorado con la participación de las familias".

¡Claro!—objetarán algunos—, Andalucía está gobernada por el PSOE, y váyase usted a saber cómo se hizo el trabajo para obtener esos resultados tan positivos, cuando todos estamos viendo en los periódicos, cada día, lo mal que está nuestro sistema educativo.

Sin embargo, en un estudio del Ministerio de Educación durante el gobierno del PP se obtienen valores muy similares que nos permiten mantener la idea de que el trabajo de nuestros profesores y el funcionamiento de nuestros centros educativos obtienen una alta valoración por parte de todos los usuarios de nuestro sistema educativo. En efecto, el Instituto Nacional de Evaluación y Calidad del Sistema Educativo hizo, en 2003, una evaluación para estudiar la satisfacción respecto al sistema educativo de directores, tutores y coordinadores de ciclo de centros de Educación Primaria, alumnos de sexto de Educación Primaria y sus correspondientes familias (puede consultarse el estudio en: <http://www.institutodeevaluacion.mec.es>). Como podemos observar en los cuadros de esta página, el grado de satisfacción de las familias respecto a los centros educativos y respecto a los profesores alcanza valores del 86 y el 85%, respectivamente. Incluso la valoración que los alumnos hacen de su profesorado alcanza valores de satisfacción del 71%.

Antes de seguir aceptando como válido el discurso social catastrofista sobre el funcionamiento de nuestros sistemas educativos, tendríamos que someter a la consideración de la sociedad evaluaciones en las que se obtienen este tipo de puntuaciones, porque dudo mucho que haya otras instituciones sociales que alcancen tan alto grado de valoración por parte de sus actores y usuarios. ¿Cómo es posible entonces esta divergencia entre las evaluaciones y la imagen social del sistema educativo? La aparente paradoja puede explicarse con varias

Relación entre los porcentajes de familias y directores con altos niveles de satisfacción en centros de Educación Primaria 2003



razones: la primera es que la educación, por definición, es una actividad utópica e ilimitada. Siempre quedan nuevas metas por alcanzar, siempre habría una calificación superior que conseguir, siempre el alumno podría obtener mejores resultados y los profesores alcanzar mayores niveles en la mejora de su trabajo... Pero, aun así, ¿es real la imagen negativa?

Para intentar aclarar esta paradoja es necesario entrar a analizar la mentalidad desde la que hablan políticos y medios de comunicación.

Para los medios de comunicación jamás será una noticia de titular que todos los días 600.000 profesores cumplan con su deber, que atiendan razonablemente los problemas cotidianos a los que se enfrentan y que saquen adelante a más de siete millones de alumnos. Pero, si entre estos siete millones de alumnos, un día a un alumno se le cruza un cable y hace una barbaridad, ése es el titular que representa la imagen del sistema educativo en las portadas de los periódicos. El sesgo negativo de la imagen social del sistema educativo que transmiten los medios de comunicación ha sido objeto de varios estudios y de una tesis doctoral llevada a cabo en la Universidad de Málaga (Civila Salas, 2004 y 2005). Para los medios, el correcto funcionamiento de las instituciones no es noticia, pero la más rocambolesca e inusual de las anécdotas sirve perfectamente de titular de portada.

En la mentalidad de nuestros políticos, muy habituados a plantearse la educación desde la ideología del partido y no desde la visión general de la sociedad, la educación es un desastre natural (ya que no transmite los valores sectarios que cada partido querría reproducir), y los cuerpos docentes son observados con una profunda desconfianza (ya que nunca se puede garantizar la lealtad de todos sus miembros a las tesis educativas del partido en cuestión). Desde la izquierda se dice abiertamente que los cuerpos docentes están repletos de personas conservadoras, inmovilistas, dispuestas a reproducir la hipocresía del *status quo*, y que los profesores son la primera rémora para cualquier intento de innovación o progreso en la educación. Desde la derecha se dice sin disimulo que los cuerpos docentes están dominados por una panda de rojos y sindicalistas, siempre dispuestos a boicotear cualquier intento de “racionalización” del sistema educativo en aras de ideales utópicos como el igualitarismo o de los llamados “valores progresistas”, que en realidad no son más que la disolución de todos los valores importantes sobre los que se asienta la sociedad.

Sin embargo, yo encuentro a los integrantes de los cuerpos docentes tan diversos en sus planteamientos personales, ideológicos y políticos como lo es nuestra sociedad. Y además, la inmensa mayoría de ellos se sienten ligados, en primer lugar, por un compromiso personal con sus alumnos que los lleva a limitar la expresión de sus ideas personales por respeto al pluralismo que todos sabemos presente en nuestras aulas. La mayoría de ellos están empeñados en hacer pensar a sus alumnos por sí mismos, mucho antes que en transmitir su propia ideología con procesos de adoctrinamiento.

Desde hace más de 30 años he explicado en clase una distinción importante que aprendí leyendo a John Stuart Mill (*On liberty*, 1859): se trata de la diferencia entre la expresión de opiniones especulativas y la de opiniones prácticas, sobre todo si éstas suponen una llamada a la acción. En efecto, cuando hablo a mis alumnos u alumnas sobre los límites de nuestra libertad de cátedra, les llamo la atención sobre la diferencia que existe entre criticar razonadamente a cualquier personaje público y lanzar una soflama a nuestros alumnos para que, provistos de latas de gasolina, salgan a la calle dispuestos a prender fuego al criticado. Igualmente, hace tiempo que escribí contra el adoctrinamiento en las aulas, afirmando que las dos características que identifican y distinguen un proceso de adoctrinamiento sobre los procesos educativos son: la parcialización del contenido que se explica, ocultando una parte de la realidad o del

pensamiento, y la intención de hacer eso para lograr la adhesión de los alumnos a la ideología del profesor.

Mi impresión general es que nuestros profesores tienen un efectivo respeto por la pluralidad; limitan la expresión de sus opiniones personales por respeto a sus alumnos; aceptan unos códigos deontológicos que no están muy definidos, pero que son comúnmente reconocidos, y educan mucho más que adoctrinan. Y así creo que lo reconoce nuestra sociedad, con las altas valoraciones del sistema educativo y del trabajo de nuestros profesores y profesoras que he referido al principio de este artículo.

Como ya he escrito en *La tercera revolución educativa* (Esteve, 2003), una buena parte de las críticas que se lanzan sobre nuestro actual sistema educativo tiene sus raíces en el intento de compararlo con el sistema educativo en el que nos educamos los adultos cuando éramos pequeños. Y eso sin caer en la cuenta de que aquel sistema educativo no llegaba más que a un porcentaje muy reducido de cada cohorte de edad, mientras que en el momento actual nuestros profesores están trabajando con el 100% real de los niños del país, más varios cientos de miles de niños inmigrantes. El éxito que supone la integración real de toda la población infantil en nuestras escuelas, por primera vez en la historia, supone la aparición de nuevos problemas que, efectivamente, antes no eran una preocupación para nuestro sistema educativo. La complicación del trabajo de nuestros profesores es formidable, de tal forma que, ahora, es mucho más difícil y complicado ejercer como profesor, ya que no tiene el mismo grado de dificultad trabajar con el 9% de los mejores (que es el porcentaje de alumnos que acababan la Secundaria cuando yo la hice), que intentar trabajar con el 100% de los niños más problemáticos, no importa por qué concepto.

Al analizar los principales problemas que conforman esta imagen catastrófica de nuestros actuales sistemas educativos, una reflexión serena y el análisis de los principales indicadores estadísticos nos permiten llegar a un análisis diferente. Para empezar, el fenómeno se presenta de igual manera en el conjunto de los países desarrollados de nuestro entorno. Francia, Reino Unido, Alemania, Italia, Holanda, etc. presentan problemas similares y todos en el mismo momento histórico; por tanto, para entender los actuales problemas de nuestros sistemas educativos hay que pensar en términos de tendencias internacionales: es simplemente estúpido pretender que se producen por efecto de un determinado gobierno o de una específica ley educativa. En Europa existen los más variados gobiernos y se

han intentado leyes educativas desde las más distintas ideologías sin conseguir cambiar radicalmente la realidad, ya que la raíz está en la aparición de profundos cambios sociales que no pueden modificarse por la simple voluntad de los gobernantes. Pero, además, al estudiar los logros de los últimos treinta años en todos los sistemas educativos de los países desarrollados encontramos avances tan profundos y significativos que realmente podemos hablar de una auténtica revolución educativa: escolarización plena de todos los niños en Educación Primaria; aceptación de la responsabilidad del Estado en la Educación Preescolar; declaración de la obligatoriedad de la Educación Secundaria; igualdad de oportunidades en el acceso a la educación para hombres y mujeres, incluyendo la universidad; organización de respuestas educativas integradas para niños con dificultades especiales, superando la marginación y la reclusión en guetos, etc. Todos estos avances se han logrado en los últimos 30 años. La simple comparación de cualquier indicador estadístico certifica la radicalidad de los cambios asumidos. Sin embargo, esta profunda revolución educativa se ha hecho sobre la base del esfuerzo y la buena voluntad de unos cuerpos de profesores a los que no se han ofrecido los medios para hacer un trabajo de calidad en la nueva situación. En buena medida porque los adultos del presente fuimos educados en otro sistema educativo y no acabamos de entender cómo afecta el cambio social a nuestro trabajo en las aulas.

Evidentemente, tenemos que aspirar a recuperar, con el 100% de los niños, los mejores niveles de enseñanza posibles; pero esto no puede hacerse sobre la base de volver a excluir a los más torpes o a los niños con problemas de conducta: ellos son los que más necesitan de la educación. Pero, incluso así, creo que nuestros profesores lo están haciendo no bien, sino muy bien; tal y como podemos inferir por las altas tasas de satisfacción de los usuarios del sistema educativo.

Me basta con un ejemplo: el curso 1992-93 nuestro sistema educativo integraba en las aulas a 43.845 niños y niñas inmigrantes, y mientras que en el curso 2005-06 estábamos trabajando con 497.000 niños extranjeros, este curso llegarán a los 600.000. Es decir, en catorce años, nuestro sistema educativo ha integrado a más de medio millón de niños inmigrantes sin apenas conflictos. ¿Nos damos cuenta del esfuerzo y del nivel de organización que esto supone?

Es cierto que, en los últimos años, las administraciones educativas han comenzado a elaborar respuestas institucionales frente a la avalancha de niños inmigrantes, pero, durante los años noventa y principios de la década actual, cada profesor hubo de ingeniárselas para atender a un número creciente de niños inmigrantes que se integraban en sus clases sin hablar siquiera la lengua de enseñanza. ¿Cuál es el resultado? Mi equipo de investigación lleva un curso persiguiendo *Los conflictos en entornos educativos multiculturales*. Hemos visitado centros de Primaria y de Secundaria, y nuestra conclusión más evidente es que la integración no conflictiva es la norma general, mientras que los problemas serios se circunscriben a casos muy aislados, y no más significativos que los que se presentan entre las niñas y niños españoles.

Desde mi punto de vista, este fenomenal esfuerzo de integración se debe mucho más al trabajo de nuestros profesores, capaces de mirar a los niños a la cara y de implicarse en sus problemas educativos, que a la previsión de ninguna de las

administraciones educativas, que reaccionaron tarde y con lentitud a la hora de identificar los nuevos problemas emergentes y de darles soluciones institucionales.

Del análisis precedente extraigo una conclusión importante: sería bueno dejar a los profesores trabajar en paz, todas las evaluaciones nos dicen que trabajan en unos niveles más que aceptables, y nuestros políticos y nuestros medios de comunicación deberían ser conscientes de que la erosión pública de la imagen social de nuestro sistema educativo no es un buen servicio ni para la educación ni para el país en su conjunto.

Una última idea para nuestros profesores, tomada de Elvin (1973): los profesores formamos parte de la sociedad contemporánea y tenemos un deber para con ella. Pero no somos una simple correa de transmisión, también tenemos el deber de analizarla y criticarla, eligiendo de entre los valores que se pongan de moda en cada momento cuáles vamos a transmitir a nuestros alumnos y cuáles vamos a criticar porque creemos que suponen una degradación de la calidad de la vida humana. Desde esta perspectiva, me parece poco realista el argumento del último debate con el que se quiere levantar la polémica en nuestro sistema educativo por la inclusión de la materia de Educación para la Ciudadanía. Afortunadamente para nuestra sociedad, ningún gobierno tiene la capacidad de dar instrucciones sobre lo que los profesores han de hacer en sus aulas, y menos aún para controlar la interpretación que cada uno de nosotros hará de los temas de un temario. Al final, como siempre, cada profesor hará su trabajo, la mayoría con un respeto enorme por la pluralidad y la capacidad de decisión de su alumnado. Los medios de comunicación y los profesionales de la política harían bien en intentar alcanzar en sus respectivos trabajos los niveles de reconocimiento y aceptación social que están consiguiendo nuestros profesores.

para saber más

- ▶ **Consejería de Educación y Ciencia. Junta de Andalucía (2000):** *El sistema educativo en Andalucía. Curso 1998-99*. Sevilla: Servicio de Evaluación de la Dirección General de Evaluación Educativa y Formación del Profesorado, p. 186.
- ▶ **Civila Salas, Amparo C. (2004):** *La imagen social de profesores y alumnos en la prensa diaria*. Málaga: Universidad de Málaga, Servicio de Publicaciones (tesis doctoral, 2004).
- ▶ **Civila Salas, Amparo C. (2005):** "Imagen social del profesorado en la prensa", en *Teoría de la Educación*, n.º 17, pp. 227-254.
- ▶ **Elvin, H.L. (1973):** *La educación y la sociedad contemporánea*. Barcelona: Labor.
- ▶ **Esteve, José M. (2003):** *La tercera revolución educativa*. Barcelona: Paidós.